

EL ARCHIVO DE LOS PUENTES PERDIDOS

Me asignaron al *Archivo de Puentes Perdidos* una mañana de noviembre, sin previo aviso ni explicación. El funcionario que me recibió —un hombrecillo con una corbata que parecía sacada de un maniquí de *Simago* de hace tres décadas y una sonrisa de esas que vienen incluidas en el manual del buen servidor público— me dijo que se trataba de un traslado temporal, aunque todos sabemos que en la administración lo temporal tiende a volverse eterno, como las intolerancias a la lactosa o las películas de José Luis Garci. El edificio quedaba en un extremo de la ciudad, en un polígono industrial lleno de naves oxidadas y calles mal asfaltadas, donde alguna fábrica aún fingía actividad entre montones de palés apilados como ruinas modernas. El Archivo se encontraba en una construcción tan estrecha que parecía una pieza del *Tetris* encajada a la fuerza entre una cooperativa de fruta y una serigrafía. A la vista, pero oculto. El letrero de la fachada era casi ilegible: **Archivo de Puentes Perdidos. Sección Vínculos Humanos**. Me pareció una metáfora demasiado elaborada para un organismo estatal; por un momento pensé si dentro trabajaría Paulo Coelho. Pero el sello era oficial, con su número de registro y todo, así que tragué la sospecha. Al entrar percibí ese silencio que solo producen los lugares donde el tiempo ha dejado de hacer horas extras. La sala principal era un pasillo largo y angosto, flanqueado por archivadores metálicos que llegaban hasta el techo. Cada cajón tenía una etiqueta: una letra, un año y, a veces, una palabra borrosa, tipo “*confianza*” o “*desencuentro*”.

—Aquí guardamos todos los puentes que se han perdido —me explicó el funcionario, con la naturalidad de quien anuncia que toma el café con dos de azúcar y poca leche—. Los físicos se los lleva el *Ministerio de Obras Públicas*. Nosotros, nos quedamos con los metafóricos.

Pensé que estaba bromeando, pero no lo parecía. Abrió un archivador al azar y sacó una carpetilla de cartón gastado, tan ligera que parecía contener aire usado. La sopló con cuidado y un polvo gris se elevó unos segundos antes de caer sobre su chaqueta. La sostuvo frente a mí con una mezcla de respeto y rutina mostrándome un expediente cualquiera. En la portada ponía:

> PUENTE N. ° 47.672

—Rotura de comunicación entre hermanos.

CAUSA: orgullo.

FECHA DE COLAPSO: 17 de julio de 1998.

Dentro había notas, recortes de cartas e incluso una fotografía de dos hombres que se parecían lo suficiente como para entender la tragedia.

—Cada puente tiene su historia —dijo el funcionario—. Algunos se reconstruyen, otros quedan en ruinas para siempre.

Le pregunté quién decidía eso.

—Para cumplir su función aquí no necesita saberlo —contestó—. Pero si le sirve ponerle nombre, llámelo tiempo, desidia o cobardía. El expediente queda como una forma de memoria civil. Ya verá que, con los meses, dejará de cuestionárselo.

Salí de su despacho con la sensación de haber entrado en una dimensión paralela del Estado: un departamento dedicado a catalogar la fragilidad humana. Los primeros días los pasé revisando puentes pequeños: discusiones por herencias, amistades extinguidas por malentendidos, promesas no cumplidas. Lo que más me llamaba la atención eran los olores que emanaban de los expedientes al abrirlos. Siempre tuve un olfato sensible: soy enólogo aficionado. En mi antiguo trabajo, en *Obras Públicas*, cada vez que organizábamos un amigo invisible me regalaban una botellita de vino y un set de cata. Había hecho varios cursos. Con el tiempo aprendí a distinguir los matices de un *Rioja* envejecido igual que uno reconoce las grietas en su propia biografía. En aquel archivo, cada expediente tenía su bouquet. Los de amor exhalaban notas de perfume joven, de sábanas aireadas al sol, de lluvia recién decantada en el cabello, con un retrogusto a tinto derramado sobre mantel y un leve poso de flor prensada entre páginas amarillentas. Los familiares ofrecían un cuerpo más cálido: aromas de guiso lento, de manta envejecida en barrica, de pan tostado con aceite virgen y un toque final, casi imperceptible, de *Cola Cao*, como si el recuerdo también hiciese grumitos con el tiempo. Los de amistad, en cambio, abrían con notas de cerveza espumosa y tabaco frío, seguidas de matices de palomitas y butacas tapizadas, aunque al final dejaban un regusto oxidado, el eco de unas risas que habían perdido su frescura en la copa del pasado. Me acostumbré pronto al lenguaje burocrático del lugar. Había campos como "*Tipo de puente*" (colgante, de confianza, de palabras, de piel), "*Causa del derrumbe*" (rutina, silencio, distancia geográfica, intolerancia, envidia, malentendido léxico) e "*Intentos de reconstrucción*", casi siempre vacíos.

Empecé a pensar que aquel archivo era un cementerio de emociones con lápidas hechas de carpetillas de cartón y que nosotros éramos los sepultureros sentimentales. Los archivadores me parecían ahora tumbas abiertas. Me preguntaba cuántos de mis conocidos tendrían un expediente allí dentro, con sus puentes rotos y sus causas resumidas en una línea. De vez en cuando llegaban nuevos expedientes desde otras oficinas: rupturas recientes, amistades recién deterioradas. Se tramitaban con un sello rojo que decía ***PUENTE EN DESUSO***, y se archivaban en su zona correspondiente. Nadie lloraba. Nadie sonreía. Solo papeles. Burocracia en conserva. Un martes cualquiera, mientras ordenaba documentos del año 2000, encontré un expediente sin clasificar. No tenía número ni etiqueta. En la portada solo ponía mi nombre:

ROBERTO MARTÍN FERNÁNDEZ

Sentí un pequeño vértigo, como si de repente fuese Alicia y me observara a mí mismo desde dentro del espejo. Abrí la carpeta con cuidado. Dentro había tres páginas mecanografiadas y una fotografía en blanco y negro. En la imagen aparecíamos Clara y yo, en primera fila del Palacio de los Deportes de Madrid, el 4 de mayo de 2001, durante un concierto de *La Oreja de Van Gogh*. Nos dábamos nuestro primer beso mientras Amaia Montero cantaba aquello de “*Te voy a escribir la canción más bonita del mundo*”.

Allí estábamos, dentro de la Polaroid, quietos y luminosos, todavía indemnes a las averías del tiempo, sin saber que el papel en que sonreíamos también empezaba, muy despacio, a amarillear por los bordes. La descripción del expediente era precisa, con un tono impersonal que me hirió más que cualquier reproche:

> TIPO DE PUENTE: romántico-afectivo.

AÑO DE CONSTRUCCIÓN: 2000.

CAUSA DEL DERRUMBE: desgaste progresivo. No encontrarse en el mismo momento vital.

FECHA DE COLAPSO: 14 de septiembre de 2024.

OBSERVACIONES: no se registran intentos de reconstrucción.

No recordaba haber firmado nada que autorizara ese registro, pero todo estaba rubricado con mi nombre y mi letra. Durante el resto del día no pude concentrarme. Esa noche soñé con Clara. Caminábamos sobre un puente de madera que crujía bajo nuestros pies. Ella llevaba un vestido azul. Yo intentaba decirle algo, pero las palabras se deshacían antes de llegar a su oído. Al final, el puente se partía por la mitad y cada uno caía hacia su lado, sin ruido. Recordé entonces nuestra historia. Nos conocimos en el instituto. Nos gustamos desde el principio, aunque tardé semanas en reunir el valor para invitarla a salir. Dijo que sí. Luego llegó la universidad y me fui a otra ciudad. Seguíamos viéndonos los fines de semana y, entre semana, nos mandábamos SMS, de esos que costaban dinero y emoción. Al terminar la carrera, Clara quiso dar un paso más, formalizar lo nuestro. Yo, en cambio, prioricé las oposiciones al *Ministerio de Obras Públicas*.

Le aseguré que sería temporal, que pronto tendría estabilidad. Pero la estabilidad llegó sola, sin ella. Con el tiempo dejamos de hablarnos. A veces creo que aquel beso en el concierto fue nuestro puente colgante: suspendido para siempre entre lo que fuimos y lo que no llegamos a ser. De camino al trabajo, tuve la certeza de que debía tramitar mi expediente. Era un pensamiento absurdo, pero irresistible. Así que al día siguiente busqué al supervisor.

—He encontrado un expediente a mi nombre —le dije—. Quiero saber si puedo iniciar una solicitud de reconstrucción.

El hombre me miró con una mezcla de sorpresa y lástima, la misma que se posa sobre quienes han hecho demasiadas horas extra.

—Ah, eso... —dijo bajando la voz—. Ocurre a veces. El archivo es más grande de lo que parece. Tiene cierta tendencia a registrar los puentes de quienes trabajan aquí. Se alimenta de nuestra memoria, digamos.

—¿Y puedo reconstruirlo?

—Depende. Hay que presentar una instancia, rellenar el formulario *R-2611, Reconstrucción Parcial o Total de Puente Afectivo*, y adjuntar pruebas de voluntad mutua.

—¿Voluntad mutua?

—Sí. Si el otro extremo del puente no quiere reconstruir, no hay nada que hacer.

Su tono burocrático me resultó dolorosamente lógico. Pedí el formulario. Lo rellené en silencio, marcando la casilla de reconstrucción parcial. En el apartado “*Motivos*” escribí: *porque todos los días sigo escuchando a La Oreja de Van Gogh y aún sueño con Clara*. Pasaron semanas sin respuesta. El expediente parecía haberse extraviado en el laberinto administrativo de la emoción. Durante ese tiempo empecé a notar fenómenos extraños en la oficina. Algunos archivadores se abrían solos al caer la tarde, dejando escapar un murmullo: papeles contándose sus vidas entre ellos. En ocasiones, una ráfaga levantaba las tapas y una fotografía caía al suelo: un padre abrazando a su hijo, un selfie de dos socios tomado en la fachada del negocio que acababan de inaugurar, un pantallazo de la última conversación por *WhatsApp* de dos amigas. A veces creía ver sombras cruzando entre los pasillos, vestigios de antiguos dueños de los puentes que regresaban a inspeccionar sus ruinas. No me asustaban; me enternecían. Una mañana, al llegar, encontré sobre mi mesa un sobre sin remitente. Dentro había un documento:

> RESOLUCIÓN DEL FORMULARIO R-2611

DECISIÓN: reconstrucción denegada.

MOTIVO: falta de voluntad en el otro extremo.

OBSERVACIÓN: se recomienda archivar definitivamente el caso.

Me quedé mirando la hoja largo rato. En la esquina inferior derecha había una nota manuscrita: *“El puente aún existe, aunque nadie lo cruce.”* No tenía firma. Aquella tarde no trabajé. Caminé hasta el Palacio de los Deportes de Madrid, el mismo del concierto. El guardia de seguridad, un hombre de voz tranquila, me dejó pasar un momento. Me situé en el mismo punto donde años atrás nos habíamos besado y traté de imaginar el instante exacto en que se derrumbó lo nuestro. Tal vez no fue un día preciso, sino una sucesión de grietas invisibles, como ocurre con las estructuras que se cansan de sostener. Saqué la carpeta del abrigo, la abrí y dejé que el viento se llevara las hojas una a una. Las vi flotar sobre el río, girando en círculos que recordaban patos de papel. Por un instante me pareció que formaban un arco perfecto, un puente improvisado entre ambas orillas. No sé si era real o si lo imaginé. Pero sentí una ligereza que hacía años no sentía. Volví al archivo al día siguiente. Nadie comentó nada. En mi mesa, el expediente ya no estaba. En su lugar, una carpeta nueva llevaba escrito:

> PUENTE REASIGNADO — Uso simbólico

Dentro había una única hoja:

TIPO DE PUENTE: memoria.

ESTADO: solo transitable en sueños.

OBSERVACIONES: puede reconstruirse desde la imaginación.

Guardé el papel en el bolsillo. A veces, por las noches, lo releo. Sigo trabajando en el archivo, aunque ahora leo cada expediente con más cuidado, como quien busca entre los papeles una salida de emergencia. Y cuando cierro la oficina y apago las luces, me gusta pensar que en algún lugar —quizá en otra orilla, quizá en otro sueño— Clara también conserva su copia del puente, esperando el momento justo para cruzarlo.